



PUBLICACIONES DE LA REAL

ACADEMIA DE
JURISPRUDENCIA Y LEGISLACIÓN

— VIII —

BOLCHEVISMO
Y
SINDICALISMO

POR

D. ANTONIO ROYO VILLANOVA

Catedrático de la Universidad de Valladolid

1920

EDITORIAL REUS (S. A.) MADRID



Real Academia de Jurisprudencia y Legislación
El Síndico
CONSEJO
DE ANTORIA
INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
DE ECONOMÍA
DE INVESTIGACIONES
DE ECONOMÍA

PUBLICACIONES DE LA REAL ACADEMIA
DE JURISPRUDENCIA Y LEGISLACIÓN

VIII

BOLCHEVISMO Y SINDICALISMO

CONFERENCIA

DEL EXCMO. SEÑOR

D. ANTONIO ROYO VILLANOVA

Catedrático de la Universidad de Valladolid

Sesión del día 20 de Diciembre de 1919

MADRID

EDITORIAL REUS (S. A.)

Cañizares, 3 duplicado

1920

Publicaciones de la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación

VIII

BOLCHÉVISMO
Y SINDICALISMO

ES PROPIEDAD

ANTONIO ROYO VILLANOVA

Catedrático de la Universidad de Valencia

Madrid, 1934

MADRID

Talleres tipográficos EDITORIAL REUS (S. A.)
Ronda de Atocha, 15 duplicado. (348)

SEÑORAS Y SEÑORES:

Exordio.

En esta ilustre tribuna, como en todas, pueden darse dos clases de conferencias: aquellas en que el público va a oír al orador sin preguntarse de qué va a tratar, y aquellas otras en que el interés o la actualidad del tema atrae al público, sin preocuparse de quién va a ser el disertante. Sucede en esto como en el periodismo, donde no es lo más importante precisamente la colaboración, sino la actualidad y el interés. A mí, que no se me pueden olvidar mis hábitos de periodista, me ha ocurrido esta noche captar vuestra atención—casi me atrevería a decir atracarla—mediante un tema cuya sola enunciación suscite el interés, aunque sea anónimo el disertante; como se lee en la sección de noticias del periodismo un crimen pasional con más interés que una disertación luminosa de una firma autorizadísima. Por eso vamos a hablar de *Bolchevismo y sindicalismo*.

El bolchevismo.

Son temas de que se ha tratado en esta Academia en el curso pasado. Mi ilustre compañero el profesor Elorrieta disertó especialmente sobre este asunto y

trazó la historia de este movimiento. Eso me excusa a mí—no sólo para evitar lo odioso de las comparaciones, sino para no fatigaros con repeticiones enojosas—entrar en ciertos detalles de lo que pudiéramos llamar historia externa del movimiento bolchevique, o bolchevista, o bolcheviquista; porque también he de confesarme respecto a mis dudas de si se dice bolchevique, bolchevista o bolcheviquista; yo digo bolchevismo, porque los libros franceses que traducen esta palabra rusa dicen bolchevismo; pero otros veo que dicen bolcheviquista: a mí me parece que decir bolcheviquista es como decir presupuestar, porque creo que bolcheviquista se deriva del bolchevismo, y bolcheviqui es el plural de los que pertenecen al bolchevismo; pues ya sabéis, porque ya lo dijo aquí Elorrieta, que las palabras bolchevique y bolchevismo no expresan, por sí, ningún sistema social, es una cosa accidental debida a que en el Congreso socialista que se celebró en Bruselas y Londres en 1903, los que opinaron por un criterio centralizador, que fueron la mayoría, naturalmente impusieron su criterio a las minorías, y las mayorías se llamaron bolcheviqui y las minorías mencheviqui, que no es lo mismo que maximalistas y minimalistas, porque maximalista indica una ampliación e intensidad de reivindicaciones sociales, mientras que bolchevique y menchevique son conceptos puramente aritméticos de mayoría y minoría.

El sindicalismo.

Pues bien; del sindicalismo ha hablado aquí *Xenius*, y nada he de decir de aquella brillante conferencia que oímos con singular delectación. *Xenius* se declaró sindicalista; *Xenius*, además, hablaba aquí con la libertad con que hablan los filósofos y los poetas: yo no tengo nada ni de una cosa ni de otra; yo soy un periodista, soy un informador, un hombre que ha estudiado algo, que ha vivido unos cuantos años (más de lo que me convendría), y que veo las cosas desde un punto de vista realista, objetivo; de manera que no haré ningún descubrimiento si digo que no soy sindicalista, ni soy bolchevique; y no soy sindicalista ni bolchevique—y entro en el tema—porque el bolchevismo y el sindicalismo tienen un denominador común que es incompatible, a mi juicio, con un sentido realista de la vida del derecho y con un conocimiento o meditación despreocupados de la realidad social, que es el denominador común de comunismo.

El comunismo bolcheviki y el sindicalista.

Los bolcheviques son comunistas; es más, el partido bolchevique se llama así, partido comunista, y, entre paréntesis (bolchevique). Y los sindicalistas son comunistas o bolcheviques; alguno de vosotros estaría en la conferencia de Pestaña en la Comedia

y recordará que él se declaró comunista, y claro, el comunismo es el sistema que niega la propiedad individual, y el que niega la individualidad, es el que niega o suprime en gran parte la libertad, y sin la libertad y sin el derecho individual no se comprendería la vida y, aunque sea cursi, la verdad es que yo me siento cada vez más liberal y en muchos sentidos más individualista, creyendo que la síntesis de la vida humana está en afirmar el individualismo revolucionario, proclamándonos herederos de la revolución francesa, inspirados en su filosofía y en su derecho, que no se puede derogar ni suprimir, a la cual habrá que añadir algunas cosas, pero sin quitar otras.

Individualismo y colectivismo.

A Azcárate le oiríais decir muchas veces que *hay que completar la Revolución*, cuyo individualismo exagerado se ha criticado por la escuela orgánica, por la escuela positivista, por el renacimiento escolástico, que al amparo de estos conocimientos científicos han buscado movimientos reaccionarios que atacan la libertad en nombre del progreso. La revolución francesa estableció conquistas definitivas, cuyo eclipse por el sindicalismo y por el bolchevismo debemos combatir. Nosotros estamos obligados a defender las conquistas de la revolución, reconociendo, sin embargo, como Azcárate, que hay que completar la revolución francesa. ¿Por qué? Porque, así como no se puede suprimir el individualismo y el

derecho individual, según antes os indicaba, tampoco puede suprimirse el sentido colectivo, y el mundo fluctúa entre predominar o afirmar de una manera preponderante el derecho individual, o afirmar de una manera preponderante el sentido colectivo y social; pero no se puede concebir una sociedad en que se haya prohibido o suprimido el individualismo, ni la iniciativa individual, ni la desigualdad, ni el empuje de una individualidad, que se impone a veces salvando grandes intereses colectivos. Todo sistema que quiera suprimir esa esperanza de los espíritus de que a su empuje vigoroso se deben los progresos de la historia, es un sistema vicioso que a la larga no conviene a la Humanidad; pero tampoco conviene un sistema exclusivamente individualista que pierda la noción de los intereses colectivos, y esto, no por una posición ecléctica y cómoda que pudiéramos adoptar de que hay que armonizar el individualismo y el comunismo; es que en realidad, recordando aquella tesis de Vico sobre la curva asintótica del progreso humano, fluctúa la humanidad entre el colectivismo y el individualismo, y el colectivismo predomina en unas épocas y el individualismo en otras, pero no se puede suprimir el individualismo, ni el colectivismo, ni el derecho individual, ni el de la colectividad, ni su sustantividad esencial puede desaparecer.

Las formas del comunismo.

De manera que tenemos el bolchevismo y el sindicalismo como formas del comunismo.

Comunismo.—Yo definiría el comunismo como aquel conjunto de sistemas que acentuando el vigor de la personalidad colectiva y de la propiedad colectiva, reduce a su mínima expresión la propiedad individual. Individualistas son los que no suprimen la propiedad colectiva, pero la reducen también a su mínima expresión. No hay ningún sistema por individualista que sea, no hay ninguna civilización por individualista que sea, que suprima la propiedad colectiva. Ni la revolución del 54, ni la del 69, ni la legislación desamortizadora, ni el individualismo liberal de nuestros padres y abuelos; esos no suprimían la propiedad colectiva, siempre existía la propiedad común; el alta mar, el aire, el agua, las calles, las plazas, los ríos, las minas antes de su concesión, pero sobre todo el agua, los ríos y las calles, son cosas de propiedad común, que en la concepción más individualista, en la sociedad más individualista (Inglaterra, los Estados Unidos), existen grandes núcleos de propiedad colectiva, lo cual indica que no puede suprimirse la propiedad colectiva, como no puede suprimirse la propiedad individual; pero el comunismo tiene todas las formas que la extensión y la intensidad de la propiedad colectiva pueda revestir; así, tenemos un comunismo que pudiéramos llamar colectivista; porque el comunismo colectivis-

ta es aquel que establece la propiedad colectiva de los instrumentos de producción, y el comunismo integral o comunista es el que establece la propiedad colectiva, no sólo de los medios de producción, sino de los medios de consumo. El colectivismo o el comunismo colectivista puede ser total o integral; porque hay un colectivismo agrario que afirma la propiedad de la tierra, pero la propiedad común de la tierra y no la propiedad de las industrias; colectivismo agrario, todas esas doctrinas clásicas nuestras, de los teólogos españoles, el libro de Costa sobre el *Colectivismo agrario*, la tendencia a establecer formas colectivas de propiedad; colectivismo parcial en cuanto a ciertos medios que por su naturaleza deben ser comunes por la solidaridad social a que sirven, por ejemplo, las vías de comunicación. Hay escuelas liberales, países liberales, que sin ser colectivistas creen que debe ser colectiva la propiedad de los ferrocarriles, la propiedad de los puertos, la propiedad de los medios de comunicación en general, y colectivismo integral, que todos los medios de producción, industriales, agrícolas, de transporte, todos deben ser del Estado. Y el colectivismo como concepción económica, y el comunismo como concepción económica, tienen su órgano jurídico en una organización social.

Socialismo y anarquismo.

Y así nos encontramos—y vendremos a caer al bolchevismo—que en el comunismo, al reflejarse en la organización social, se diferenciaban hace ya muchos años dos concepciones: el socialismo y el anarquismo; el socialismo, que sintetizaba la propiedad colectiva y el régimen social, y que atribuía al Estado el sujeto de la propiedad; el Estado regulaba el uso de los instrumentos de producción, la distribución, etc., y el anarquismo, que suprimía el Estado, que establecía un comunismo espontáneo, automático, y que aseguraba que en cuanto se suprimiese el Estado y las desigualdades artificiales que el Estado ha introducido, reinaría la paz social y, espontáneamente, armónicamente, los individuos vivirían en la mayor de las felicidades y las cosas serían comunes, porque nadie las querría poseer exclusivamente; desaparecería el Estado, no la organización social; porque en vez del Estado y de la organización colectivista presidida por el Estado, existiría la federación de los Municipios autónomos, que constituyen la esencia del anarquismo. De modo que el anarquismo suprime el Estado y el socialismo acentúa y robustece la existencia del Estado; el anarquismo introduce un principio, que es el de la federación; el anarquismo es la federación de los Municipios. Tanto es la federación de los Municipios, que alguno de vosotros recordaréis un libro, que hace veinte años se leía mucho, del célebre publicista belga Emilio Laveleye, que se titu-

la *El socialismo contemporáneo*, y hace una historia del socialismo y de sus diversas manifestaciones, y dedica un capítulo o varios al anarquismo, y al hablar del anarquismo, habla, naturalmente, de la Commune francesa, que era el Municipio francés organizado como célula de una Federación anarquista de Municipios franceses, que hubieran establecido el anarquismo en Francia. Y después de hablar de la Commune francesa, habla del cantonalismo español; porque para este economista el cantonalismo fué una manifestación anarquista. Claro que esto sorprenderá a los federales —yo no trato de defender ni de atacar a nadie; consigno el hecho—; pero no será tan temeraria la manifestación del escritor francés, cuando todos sabéis —yo le ví en Valladolid, antes de quitar el presidio, cumpliendo condena— que Fermín Salvoechea fué un célebre cantonal y un gran agitador anarquista. De modo que entre el anarquismo y el federalismo hay una gran relación. Dentro, pues, del colectivismo tenemos al socialismo y al anarquismo.

Bolchevismo y sindicalismo.

Recordando estas cosas por todos sabidas del colectivismo y del comunismo y del socialismo y del anarquismo, nos encontramos en seguida la filiación de estas otras dos que tanto nos preocupan: el bolchevismo y el sindicalismo. El bolchevismo es una forma del socialismo; ha nacido del socialismo; se llama socialista; es una disidencia del socialismo.

Doctrinalmente, dicen que son ellos (los bolcheviques) los verdaderos intérpretes de Carlos Marx. Doctrinalmente ha nacido del marxismo; políticamente ha nacido del socialismo; porque en el socialismo ruso se han distinguido Lenine y Trotzky como bolcheviques, y ellos son los que luchan contra los otros socialistas. De modo que es una lucha entre los socialistas revolucionarios, los otros socialistas y los bolcheviques; los mayores enemigos de los socialistas revolucionarios son los bolcheviques, y los más enemigos de los bolcheviques los otros socialistas. Y esto es un consuelo para los que vivimos en ciertos partidos políticos, que dicen que nos peleamos y que nunca nos ponemos de acuerdo. Esto pasa en todas partes y representa el extremo progreso; los socialistas, que aún no han triunfado, ya están tan divididos casi como los que hacemos política dentro del régimen.

De suerte que el socialismo ha producido el bolchevismo. ¡Ah!, pero el sindicalismo ha nacido del anarquismo; doctrinalmente, claro está, que el sindicalismo no es anarquismo. Pudiera decir, aunque sea anticipar ideas, que así como el bolchevismo, según veremos, es una degeneración del socialismo y el verdadero socialista repudia el bolchevismo (ya habéis visto el Congreso socialista español como por gran mayoría se ha adherido a la segunda internacional y no a la tercera de Lenine), así como el bolchevismo es una degeneración del socialismo, el sindicalismo es una perfección del anarquismo. Doctrinalmente, por lo menos, el sindicalismo toma del

anarquismo un concepto que antes os señalaba: el principio federal. La sociedad sindicalista es una sociedad sin Estado, como el anárquismo; no podemos al sindicalista encasillarle en los partidos socialistas, porque niega el Estado, suprime el Estado, aborrece el Estado, como los anarquistas; pero no son anarquistas, porque el anarquismo establecía la Commune y la célula de la Commune anarquista era una célula territorial, el municipio, que es una entidad que puede llamarse el soporte físico de aquel pueblo que encarna la sociedad municipal. El sindicalismo tiene más espiritualidad, se emancipa de los garfios territoriales que le sujetan y busca una solidaridad profesional, una federación, y se llama Confederación General del Trabajo en Francia, Confederación General del Trabajo en España, Confederación General del Trabajo en Portugal; siempre el vínculo federal. Pero el vínculo federal, no sobre la base territorial de los municipios, sino sobre la base espiritual, sobre la solidaridad profesional; una federación de municipios libres y autónomos que espontáneamente coexisten, suprimido el Estado y al amparo de la naturaleza, libre de los obstáculos que le pone el artificio legislativo: esta es la Sociedad anarquista; una federación espontánea, libre y autónoma en el sindicato autónomo y profesional, que sienta la solidaridad de los gremios más próximos, de los gremios más afines y de todos los gremios del trabajo, hasta crear con todos los del mundo la federación de todos los gremios. Esto es el sindicalismo.

Por consiguiente, el sindicalismo es una forma del

federalismo y el bolchevismo es una forma del socialismo. El sindicalismo no establece la propiedad colectiva del Estado, sino la propiedad colectiva de los gremios, de los sindicatos: la fábrica es de los obreros; la mina es de los mineros; el ferrocarril es de los ferroviarios; la industria es de los trabajadores, no del patrono; se suprime el capital, como lo suprime el socialismo; pero, así como el socialismo sustituye al patrono por el Estado, dirigiendo de una manera autoritaria la vida pública, el sindicalismo, como el anarquismo, suprime el Estado y dice: No vale la pena de que nos quitemos un patrono y traigamos otro, porque por malo que sea el patrono que conocemos, será peor el que venga después, porque será más poderoso, será más enérgico y, por consiguiente, será más antipático.

Y desde ahí, desde el punto de vista de la emancipación individual que el comunismo busca, es más lógico el sindicalismo que el socialismo, porque el sindicalismo dice: No hay Estado; la fábrica será de los que la trabajen; no será la propiedad de los municipios, como dice el comunismo; si la propiedad es territorial, será de los trabajadores; si la propiedad es industrial, de los obreros; si la propiedad es intelectual o periodística, de los que hacen el periódico, escritores, tipógrafos, repartidores, etc., pero siempre sustituyendo al Estado por la personalidad colectiva de los sindicatos.

La propiedad individual.

Claro está que todos estos sistemas adolecen de la equivocación de que se puede suprimir la propiedad individual. Por eso yo os decía antes que para mí el comunismo es el sistema que trata de reducir la propiedad individual a su mínima expresión, como el individualismo reduce a su mínima expresión la propiedad colectiva; pero ni el comunismo suprime la propiedad individual ni el individualismo suprime la propiedad colectiva. Y esto tiene su importancia, porque como el comunismo no podrá nunca suprimir la propiedad individual, como subsiste, como sobrevive, como resurge el germen de la propiedad individual y del individualismo, de la desigualdad natural de los hombres, habrá un propietario individual de tal empuje que, sirviéndose de la expansión natural de este instinto exclusivo de apropiación que tiene el hombre, volverá a establecer la propiedad individual sobre la sociedad comunista. Es decir, que para mí no cabe duda que la sociedad comunista no se podrá sostener; no sé lo que pasará en Rusia, pero yo tengo fe absoluta en que no subsistirá el gobierno bolchevique, porque no se puede suprimir la propiedad individual, como vais a ver ahora.

El comunismo, ¿suprime la propiedad individual? No la suprime; precisamente porque no la suprime es por lo que no podrá negarla, y por muy poco a que se quede reducida, con su fuerza expansiva natural revivirá y volverá otra vez a transformar la socie-

dad; claro está, dejando huellas profundas las agitaciones, ganando algo en el sentido de colectividad y de solidaridad social, que será servido por ciertas formas de propiedad colectiva, coexistiendo nuevas formas de propiedad colectiva, alumbrando nuevas formas de colectivismo jurídico que servirá intereses sociales que ahora no están servidos; pero subsistiendo con nuevas formas también de propiedad individual, que la civilización no ha agotado. Por eso, vamos a buscar la sociedad colectivista.

¿Suprime la propiedad individual? No; pero en esto no cabe duda, porque la sociedad colectivista, el Estado colectivista, establece la propiedad individual de los medios de producción, pero no de los medios de consumo.

Recordaréis que hace muchos años circulaba entre los estudiantes españoles un libro, una monografía de Schaaffle, que se titulaba *La quinta esencia del socialismo*, y organizaba, daba por supuesta lo organización socialista y la ordenación de los instrumentos de producción colectiva bajo la dirección del Estado y la propiedad de la colectividad; pero los obreros recibían un número de marcas que cambiaban en los almacenes por los artículos de consumo; número de marcas que eran equivalentes al trabajo que cada cual producía. Y allí se establecía de manera distinta la propiedad individual: la máquina, el ferrocarril, la fábrica, la mina, eran del Estado; pero las marcas que el obrero recibía para cambiarlas en los almacenes por los artículos de primera necesidad, los de comer, de vestir, de calzar, etc., estas marcas

eran individuales, y como eran individuales, se cambiaban, se regalaban, se permutaban, se dividían. Luego no se suprimía la propiedad individual; pero, claro, dicen los comunistas: eso es en el colectivismo; pero nosotros, anarquistas, sindicalistas, comunistas, que establecemos la propiedad común del consumo, nosotros suprimimos la propiedad individual. Y yo digo: pues tampoco la suprimen. ¿Por qué? Porque no pueden, porque de tal manera el individualismo psicológico tiene que reflejar una individualidad espiritual y una individualidad jurídica, que mientras biológicamente no supriman el individuo, las consecuencias éticas, las consecuencias morales, las consecuencias sociales de un hecho biológico, no hay quien las pueda suprimir.

En efecto; vamos a establecer una sociedad comunista con un régimen de cuartel en el que se come a una hora determinada, en que a toque de corneta o de campana, vaya cada uno con su escudilla a buscar su ración de sopa o el condumio que esté vigente en aquel instante. Una vez con la comida en la escudilla, se sentará, como ahora los soldados, en una mesa, o bien se irá a un rincón a comer con su escudilla; pero a su lado hay un hombre que es más fuerte que él y le quita la escudilla, dejándole sin comer. Todo el mundo verá en esto un ataque, ¿a qué? A la propiedad individual, porque lo que era común es la caldera de la comida; pero la comida, ya individualizada, ya concretada en el plato, eso constituía una propiedad individual. (*Risas; muy bien.*)

Extrememos más el argumento; lleguemos a suprimir el plato; hagamos grandes ollas como en las bodas de Camacho, y que cada uno meta su cuchara en la olla común; y resultará que yo con mi tenedor cojo una tajada y... (supongo que la sociedad comunista no suprimirá, seguramente, la costumbre de soplar la comida que esté caliente) (*Risas*), pincho, digo, una tajada y la soplo, y mientras la soplo, el que está a mi lado (que es más fuerte y más ágil que yo), la coge con los dedos y se la come (*Risas*); y yo protestaré, ¿en nombre de qué? En nombre de mi propiedad. ¿Por qué? Porque diré: la olla es de todos, pero la tajada es mía. (*Grandes risas*). Démosle este concepto, el concepto que tiene «la tajada es mía»; leed los libros comunistas y dicen: «Con el comunismo se suprime *lo tuyo y lo mío.*» Pues no se suprime; ya véis cómo no se suprime.

Esto no es una sutileza, es una reivindicación. No se puede ir contra la Naturaleza. No puede el comunismo obligar de tal modo que este hombre fuerte que me ha quitado la comida y que tendrá una superioridad natural para querer más comida que yo, simplemente porque tiene más fuerza y más necesidades, se conforme con ello, y se juntarán varios y echarán a rodar la sociedad comunista y volverán a establecerse las superioridades y subordinaciones que naturalmente se producen, y naturalmente han de surgir, porque el que ha nacido para mandar, naturalmente se ha de imponer, con bolchevismo o sin él. (*Muy bien.*) Este es el optimismo fuerte que yo he tenido y tengo siempre frente a este problema y a

otros, porque yo no digo: ¡Ah!, esto es irresistible, no hay quien se ponga en frente de este movimiento; pero yo me siento seguro de que veré pasar, no el entierro de mi enemigo, sino el entierro de todos los absurdos y quimeras que la historia ha inventado. (*Muy bien*).

El bolchevismo como doctrina.

Vamos al bolchevismo. No voy a hacer una exposición detenida del bolchevismo; repito que, más o menos, todos le conocéis; pero en el último número de la *Revista francesa de Economía política*, el correspondiente a los meses de Septiembre y Octubre, hay un artículo muy interesante que se titula *La doctrina social de Lenine*; le suscribe Carlos Rist, y comenta un trabajo de Lenine publicado en Alemania en el mes de Abril de 1917, titulado *El Estado y la revolución; la doctrina marxista del Estado y los deberes del proletariado durante la guerra*. Este escrito y este comentario tienen el interés de que, como véis, el libro se publicó con la monografía de Lenine en Abril de 1917, y la revolución que dió el triunfo a Lenine, como recordaréis por la conferencia de Elorrieta y por los libros que han tratado de ello, surgió en Octubre de 1917. De modo que conocer el pensamiento de Lenine tres meses antes de triunfar y de llevarle a la práctica, tiene un interés, no sólo doctrinal, sino de eficacia política y de transcendencia social.

Lenine decía: «El socialismo es una fase preparato-

ria en la evolución económica; la socialización se limita a los instrumentos de producción y no se extiende a los objetos de consumo, fase superior de la sociedad comunista.» De modo que ya vemos que Lenine es algo más que colectivista, es comunista; pero Lenine no sólo es comunista sino que dice que el ideal es la supresión del Estado. Esto es muy interesante; porque Lenine, aunque se ha desprendido del socialismo, resbala hacia el anarquismo y adopta una posición que a mí me parece bastante cómoda, como veréis, porque él dice: «Evidentemente, el porvenir es de supresión del Estado; ha de haber una época en la humanidad en que los individuos, sin necesidad de coacción, espontáneamente, cumpla cada uno sus derechos y sus deberes y disfrute de las cosas comunes sin apetecer la exclusiva, sin privar a los demás de aquello que es para todos.» Esto no nos dice cómo va a ser, y, además, esto mismo lo ha dicho Rousseau y otros soñadores y utopistas de la historia; pero en fin, él dice: «Los hombres estarán tan habituados a soportar los principios fundamentales de la vida en común, y su vida será tan productiva y trabajará libremente cada uno según su capacidad, que podemos afirmar que la expropiación del capitalista traerá un desarrollo inaudito de las fuerzas productivas de la sociedad humana.»

Claro que comparar esta declaración con lo que está pasando en Rusia (todos están conformes en que el bolchevismo en Rusia y Hungría ha dado como primera consecuencia contraer la producción), está en contradicción con lo que dice; pero ya veréis cómo

sale del paso. Dice que esto de que él habla, este ideal de la humanidad propiamente anarquista, porque ésta es la teoría del anarquismo, la supresión del Estado y la fe optimista en la armonía y coexistencia de todos sin coacción alguna, no se puede hacer de la noche a la mañana; que se trata de una empresa muy lenta; que este hábito de observar las reglas de la vida en común, no se adquiere en un instante; que es una utopía suponer que el hombre, en cuanto cese el Estado capitalista, habrá aprendido, sin ninguna regla de derecho, a trabajar en provecho de la colectividad. El Estado comunista supone una productividad de trabajo y un tipo humano muy diferente del hombre de hoy, precipitado y ligero, capaz en un instante de hasta pedir la luna; de modo que sí hemos de aspirar a que se produzca una evolución del hombre en su psicología, lo que indica, claro está, que para la práctica no tiene consecuencia alguna.

Pero Lenine, interpretando un texto de Marx en contra de los socialistas (puesto que todos los socialistas que no son bolcheviques, según Lenine, no tienen razón), dice que Marx, y es verdad, hablaba de que suprimir el Estado colectivista o socialista sería producto de una evolución histórica, de una evolución social, y que en esa evolución habría una porción de transformaciones; pero un momento y una época de esa evolución, era, según Marx, la dictadura del proletariado, y en esta etapa estamos ahora, es decir, están en Rusia.

Otros dicen: vamos a destruir el Estado y vamos a establecer la dictadura universal; porque Marx nos

dijo que había de venir después de la dictadura del proletariado el Estado colectivista; pues vamos a establecer la dictadura del proletariado para que en seguida venga la evolución y el Estado social del colectivismo.

Crítica del bolchevismo.

Claro está que, como véis, esto es un poco infantil; porque las cosas no se pueden apresurar; es lo mismo que si el que tuviera prisa o impaciencia arrancase diez o doce hojas del calendario: la vida seguiría su marcha; es lo mismo que el que adelante doce horas el reloj; es perder el tiempo. Esta moda que nos inventaron es pueril: se adelanta el reloj o se atrasa, pero la vida sigue lo mismo. Aquella contestación ingénua que dió en la Colonia escolar de San Vicente de la Barquera un mocetón que llevaba las vacas; le decían: —Este año vienes una hora más tarde que el año pasado y nos trastornas, porque no podemos hacer excursiones con los niños. —No, señor; vengo a la misma hora del año pasado. —No; tú dices que son las siete y son las ocho. —¡Ah!; esa es la hora de Madrid, la de ustedes, la del Gobierno: yo ordeño y traigo la leche a la hora de las vacas. (*Risas.*) Y esto pasa en todo.

Es positivo lo que dice Marx desde su punto de vista; pero Marx no dijo que dependía de la voluntad del hombre apresurar la evolución; Marx decía que la obra de la evolución en la sociedad colectivista, había de sufrir una porción de alteraciones, y entre

ellas, como etapa, llegaba a la dictadura del proletariado. ¡Ah! Pero Marx decía una cosa que Lenin olvidó, y es que un trámite previo a la dictadura del proletariado era la concentración capitalista. Y este es el absurdo, y este es el fracaso, para mí inevitable, del bolchevismo ruso. ¿Por qué? Porque el bolchevismo no puede empezar —el colectivismo, el comunismo, la sociedad socialista— con las perfecciones que el poderoso entendimiento de Marx idease, con todos sus prejuicios y todos sus errores; esta concepción, que tiene una base doctrinal estimabilísima, es tan complicada y tan compleja, que la sociedad y el Estado colectivista no puede implantarse en Rusia, como no puede implantarse en España. ¿Es que va a empezar el colectivismo en España? ¿Cómo va a empezar el colectivismo en España si aquí se han empezado tantas cosas, que hemos tenido que copiar de otras partes? El colectivismo empezará, según las doctrinas de Marx, en aquel país que haya llegado al sumo de concentración capitalista; y yo creo que de haber algún país donde se organizara el colectivismo sería en los Estados Unidos, que es donde hay mayores concentraciones capitalistas; y si fuera posible esos grandes trusts reducirlos, y en vez de haber varios poderosos millonarios o multimillonarios, se centralizasen todos en una sola mano, ese sería el momento de la revolución, porque ello, como es natural, facilitaría el traspasar la propiedad abusiva de un hombre, que afirmaba esta desigualdad al Estado.

○ Pasará en el orden económico, o puede pasar —y

me coloco en el punto de vista de Marx— lo que ha pasado en el orden político. La revolución francesa no ha tenido razón de ser hasta después del absolutismo, porque el absolutismo cumple misión histórica importantísima. La Monarquía cumplió, desde el punto de vista histórico, la gran función, que nunca le podemos agradecer bastante, los franceses los primeros, la gran función de haber sido el núcleo de la nacionalidad; las grandes nacionalidades modernas han tenido un núcleo político, que han sido las Monarquías; las Monarquías, aun a los republicanos de hoy les han prestado un gran servicio, porque concentraron el poder. ¡Ah! Pero, ¿cómo concentraron el poder? A costa, naturalmente, de aquella diversidad política de los feudos, de los señores feudales, de las behetrías, de aquella anarquía política medioeval, facilitaron la revolución; porque la soberanía concentrada en el Rey, en una sola noche pasó del Rey al pueblo, porque no tuvo que recogerla, sino que se la dió recogida el Rey. Y si aquí ha de haber alguna vez colectivismo, será preciso que primero se haya concentrado la propiedad en grandes núcleos y venga el Estado y se apodere de todo aquello que se había concentrado anteriormente en una sola mano; pero en Rusia, donde empiezan, donde están en mantillas la industria y la agricultura; en España, en esta pobre España, ¿vamos a ser socialistas, cuando todavía no hemos aprendido a ser individualistas?

Aun en el orden de la evolución, repito que no se pueden apresurar las cosas, y el comunismo, dentro

de la doctrina de Marx, vendrá cuando se haya efectuado la evolución capitalista; aún no se ha llegado a la concentración capitalista en aquel grado extremo que supone entrar en el período subsiguiente. En Rusia, que apenas ha empezado el capitalismo, que todavía tienen una economía agraria casi medioeval, ¿pueden saltar de la economía agraria medioeval a esa complicación tan admirable y tan culta que sería el comunismo, tal como lo concibe la doctrina de Marx?

De modo que, como veis, la doctrina de Lenine es un poco violenta; además, para su punto de vista de ahora, es fácil y cómodo, porque él dice: ahora estamos en un período transitorio, y toda esta felicidad del comunismo y el colectivismo que yo planteo, requiere un período largo; primero pasemos por la dictadura del proletariado, dictadura del proletariado de que habló Marx, con el reposo con que ha hablado de la teoría del salario y el capital, por cierto no en su obra doctrinal, sino en un manifiesto que publicó el año 1875, después del célebre programa de Gotha, y que ha sido interpretado de manera distinta. Lenine dice que él es el intérprete de Marx; los demás socialistas dicen que el marxismo lo interpretan ellos; lo cierto es que Lenine, apoyándose en este texto de Marx, dice que él está en Rusia implantando la dictadura del proletariado, y que la dictadura del proletariado es una forma de gobierno. Dice: yo voy a suprimir el Estado; pero antes de suprimir el Estado, tenemos que pasar por una etapa de un Estado proletario, y como tenemos que pasar a esa etapa

del Estado proletario, no hay más remedio que sustituir el despotismo de la burguesía por el despotismo o la imposición del proletariado también. Dice: la existencia del Estado—cita un texto de Bebel—la existencia del Estado es la opresión; por consiguiente, el Estado es el empleo sistemático de la fuerza de las armas por una clase contra otra; hoy la clase opresora es la burguesa, que oprime al proletariado. Por consiguiente, en el concepto de Lenine es preciso que se cambien las tornas; que la opresión, que el instrumento de la opresión, pase a los proletarios, y que los oprimidos sean los burgueses. No hay más diferencia para Lenine sino que hasta ahora el Estado ha representado la opresión de la minoría sobre la mayoría, mientras que los bolcheviques traen la opresión de la mayoría sobre la minoría. Claro está que aunque sea mayoría, la opresión ha de ser rechazada. ¿A dónde iríamos a parar con esta teoría de que por ser mayoría se puedan imponer a la minoría? Pero precisamente el flaco de Lenine está en que todo el mundo está convencido de que no son la mayoría, de que representan los revolucionarios una minoría audaz, que todavía tiene por el terror aherrrojada a Rusia, pero que se deshará en cuanto reaccionen las gentes y vean que no se puede extender a todo el mundo.

De todas suertes, como véis, la doctrina de Lenine en los actuales momentos para justificar su política es demasiado simplista, porque dice: El Estado desaparecerá; pero mientras desaparece lo voy a usufructuar yo; y como para que venga la sociedad

comunista tiene que desaparecer la propiedad, y para que desaparezca la propiedad, es mejor que desaparezcan los propietarios, vamos a suprimir, vamos a exterminar a la burguesía. Los burgueses han estado gobernando contra el proletariado; pues ahora el proletariado va a gobernar contra la burguesía, pero decididamente contra ella, y sin cuartel. Es decir, que toda la filosofía de Lenine se encuentra en aquella célebre copla nuestra de «volver la tortilla»:

¡Cuándo querrá Dios del cielo
que la tortilla se vuelva,
que los ricos sean pobres
y los pobres ricos sean!

Y esto es una cosa tan simplista, que a un pueblo inculto, como la inmensa masa de los labradores rusos, es bien fácil de meter en su mente esta idea sencilla: «¡Vosotros habéis vivido mucho tiempo ahrojados bajo la planta del propietario, explotados por los que hoy gobiernan; esto se va a sustituir: vosotros váis a ser los señores, y los pobres van a serlo ellos!»

De suerte que ahí tenéis la doctrina bolchevique en un momento crítico en que Lenine expresa sencillamente su pensamiento antes de implantar en la revolucionaria Rusia el sistema de gobierno de la república de los Soviets.

El bolchevismo como partido político. La guerra.

Ahora bien: vamos a ver ya el bolchevismo actuando como partido político, El bolchevismo es una doctrina, a mi juicio una degeneración del socialismo, una falsa interpretación de Marx, una suplantación del marxismo; pero, además, es un partido político que actúa, que ha llegado a organizar fuerzas y a dirigirlas.

¿Cómo se ha organizado este partido político? Ya en la actuación de los bolcheviques no podemos prescindir de un acontecimiento de resonancia universal; no se comprendería el bolchevismo sin la guerra europea, como tampoco se comprendería el sindicalismo, sobre todo con el carácter de agudización con que nosotros lo conocemos aquí y especialmente en Barcelona. ¿Por qué se enlaza el bolchevismo con la guerra?

Trotsky escribió un libro en alemán, traducido después al inglés y al francés, y hace poco también al español, sobre el bolchevismo y la guerra europea, y en este libro se coloca Trotsky en el punto de vista del proletariado frente a la guerra europea, y hay capítulos cuya sola enunciación da idea de su contenido. Uno de ellos se titula: «Qué tienen que ver los socialistas con las guerras capitalistas»; otro, «El colapso de la Internacional». Este para mí es el más expresivo. Trotsky dice: «Pues señor, Marx había dicho *proletarios de todos los países, ¡uníos!*; ha-

bía sustituido la solidaridad política de la patria por la solidaridad social y universal de las clases y, en lugar de luchar gobiernos contra gobiernos, burgueses contra burgueses, separados por las fronteras, nó; que luchen los proletarios de todos los países contra los burgueses de todos los países; en vez de dividir la humanidad y el mapa geográfico por cortes verticales, por poliedros políticos de las diversas nacionalidades, dividámoslos en estratos y capas en que, por una especie de geología social, se distingan y se separen la clase dominante, la clase burguesa, de la clase proletaria y, prescindiendo de idiomas, de estados, de políticas, de gobiernos y de sistemas se sientan sólo proletarios y vean en los demás nada más que burgueses; que un proletario de España sea más amigo de un proletario de Francia quede un burgués de España.»

Esta era la concepción de la Internacional, y esperaban mucho de esta propaganda de la Internacional. Y digo de esto lo que decía de la propiedad: que no se puede ir contra la naturaleza; decía que el comunismo no se sostendría nunca, y digo que es muy difícil que se sostenga la Internacional. La Internacional. La Internacional es una concepción metafísica; era suponer que el hombre puede prescindir de su evolución psicológica, de su afinidad de razas, de una porción de cosas que son realidades, y el socialismo tiene mucho de metafísico, y el libro de Marx tiene mucho de filosofía, y estos socialismos tan complicados, tan doctrinales y tan rígidos, son una teología roja que no encarna siempre con la realidad

ni convence en la vida práctica, que sigue sus leyes sin preocuparse de los sistemas que forjan los sabios. Y así hubo muchos que creían que después de tantas predicaciones de la Internacional, la guerra europea sería imposible, porque los proletarios, que son los soldados, no lucharían; porque el proletario alemán no lucharía contra el proletario francés, sino que, unidos franceses y alemanes, irían contra los burgueses alemanes y franceses.

Y bien, ha venido la guerra y no ha sucedido eso; ni ha debido sorprender, porque es verdad que Bebel el año 70 en el Parlamento prusiano, cuando estalló la guerra franco-prusiana y pidió el Rey Guillermo los créditos a la Cámara de Prusia, Bebel se abstuvo de votar, diciendo: «Yo no quiero autorizar con mi voto una guerra de conquista, un pleito político, en que, litigando el Rey de Prusia y el Emperador de Francia, quieren llevar a sus pueblos a una carnicería. Yo no tengo nada que ver con los intereses dinásticos; yo busco nada más la defensa de mi clase, y yo no voto estos créditos para sostener a un Gobierno contra otro Gobierno, porque mi tesis es social.» Y al cabo de treinta y tantos años que él escribía sus Memorias y justificaba su actitud, decía: «No me arrepiento de haberme abstenido; de lo que me arrepiento es de no haber votado en contra.»

Por consiguiente, aquí se veía que los socialistas se oponían enteramente a las guerras políticas y que afirmaban la unidad y la solidaridad de clases.

Pero empezó a dibujarse en el horizonte la inevitable conflagración. Mucho antes de estallar la gue-

rra hubo varios momentos, como todos recordaréis, en que ya parecía inevitable, y, entonces, los franceses se dirigieron a los socialistas alemanes diciéndoles: «En el caso de una guerra entre Francia y Alemania, ¿queréis que no vayamos ninguno, y así los burgueses no podrán nunca contra nosotros? ¿Os comprometéis a no acudir cuando os llamen a la guerra?» Y decía Bebel: «No; yo no me comprometo a eso; yo, a lo que me comprometo, es a no intervenir en una guerra de agresión; yo, a lo único que me comprometo, es a hacer una propaganda pacifista, a impedir a toda costa que venga la guerra; pero si Alemania es atacada, si Alemania se defiende, yo, socialista, soy alemán y defenderé la patria alemana.» Y esto lo dijo Bebel antes de la guerra; y todavía había gente que creía que la guerra era imposible. Yo recuerdo que un diputado español dijo en el Parlamento que era un absurdo; que era una utopía; que los intereses de las clases burguesas por un lado, y los intereses del proletariado por otro, harían imposible una guerra. Eso lo oí yo en el Congreso, y, en efecto, al poco tiempo ya visteis la que se armó. Claro que el que decía esto tenía una atenuante: que era catalanista, aunque de la izquierda. (*Risas.*) Es decir, que la preocupación de ciertas doctrinas y de ciertas ideas, ocultaba la objetividad de las cosas.

La guerra defensiva.

Pues bien; posición de los socialistas en la guerra: ésta. Decía Kautsky: «Si a pesar de los esfuerzos de la democracia social hubiera guerra, cada nación se salvará como pueda, y la democracia social de cada país tiene el mismo deber de participar en la defensa de su patria, sin que nadie tenga derecho a dirigirle ningún reproche. En todos los Estados nacionales la clase trabajadora debe dirigir todas sus energías, a conservar intacta la integridad e independencia del territorio nacional. Este es un axioma esencial en la democracia, base necesaria para la lucha y victoria final del proletariado.» Es decir, decían los socialistas alemanes que lo primero que hay que hacer es sostener la patria de ahora y hacer que prevalezca en ella la democracia, y detrás de la democracia vendrá el socialismo; pero cada uno tendrá que defender su patria.

Esta posición es la que combatía Trotzky, y decía: «Este es el colapso de la Internacional. Pues ¿no habíamos quedado en que el proletariado de todos los Estados íbamos a unirnos contra la burguesía de todos los países? ¿No habíamos quedado en que yo no tengo nada que ver con la burguesía, de cualquier parte que sea, y que me siento más común con el proletario del país más lejano que con el burgués de la tierra más próxima? Pues vosotros traicionáis a la Internacional. Es preciso acabar la guerra; es preciso que vayamos a la huelga general; es preciso que

echemos abajo las armas, que nos neguemos a luchar y que implantemos la paz, y es preciso imponer a todos los países beligerantes una paz sin indemnizaciones y sin anexiones.»

Y esto que dijo Trotzky tenía su derecho a decirlo. Pero Bebel, cuando se veía requerido por los franceses para comprometerse a que no sirviese a su patria, decía: «No; en una guerra defensiva defenderé a mi patria; lo que haré será luchar para que no sea mi patria la ofensora»; y, claro, como el concepto de patria quita la serenidad para juzgar las cosas, todos han creído, los socialistas de Alemania y los de Francia, que hacían una guerra defensiva, porque para defender a su patria han luchado. Y el mismo Trotzky, al hacer historia de esta discrepancia en los *pourparlers* o conversaciones entre franceses y alemanes, lo reconocía al decir: «Bebel, desde su punto de vista, tiene razón, porque dice:

«Vosotros, franceses, que me queréis a mí comprometer a no servir a mi país si se ve invadido, ¿obráis como socialistas o como franceses?» Prueba de que no se puede suprimir la patria, como no se puede suprimir la propiedad individual. Pero Trotzky, que se desentendía de estas cosas, decía: «No, señor; todos debemos ir a la revolución y acabar la guerra fulminantemente; porque un ejército no se puede gobernar sin soldados, los soldados son proletarios y todos los proletarios del mundo son los que deben acabar la guerra.» Pero para eso es preciso suprimir todo lo que significa la patria, y de los hombres todos aquellos elementos de herencia, de hábi-

to, de adaptación al medio, de mil cosas que explican que el hombre no es una abstracción ni una entidad metafísica, sino una realidad que brota del medio, que sufre sus presiones, que influye también sobre él y que hacen que se distinga al hombre por su lengua, por su raza, etc. Pero Trotzky sigue en sus trece: hay que ir a la lucha universal contra los burgueses.

De modo que de aquí ha nacido el bolchevismo; porque Trotzky decía esto para que lo hicieran todos, y dijo: «Por lo pronto, lo va a hacer Rusia; y vino el bolchevismo en Rusia.

Socialistas y bolchevikis.

No quiero fatigaros con esto, porque, repito, que no me voy a fijar más que en hechos. En Rusia, como sabéis, los elementos liberales que se llaman cadetes liberalizaron el Imperio, y vinieron los socialistas y tiraron al Zar cuando Lenine y Trotzky estaban en el extranjero. La revolución rusa la hicieron los socialistas revolucionarios, que no eran Trotzky ni Lenine, y cuando ya estaba consolidada y era imposible que volviera el Zar, ni nadie pensaba en ello, vuelven de su destierro Lenine y Trotzky y al poco tiempo hacen la revolución y tiran a Kerenski, estableciendo lo que ellos llaman la dictadura de los proletarios. Disuelven la Asamblea constituyente y vuelven a convocar otra con toda clase de violencias, con toda clase de coacciones, imponiendo los resortes del poder para que viniese una mayoría bolchevique. Vie-

nen las elecciones, se constituye el Parlamento y, ¿qué resulta? Resulta un Parlamento con una gran mayoría socialista revolucionaria y una minoría bolchevique. Entonces Lenine y Trotzky dicen que eso no puede ser, y disuelven la Asamblea constituyente a viva fuerza en una de las primeras sesiones, entrando los soldados, los marineros que formaban la guardia, que, acercándose al Presidente, le dijeron: «A ver si acabáis pronto, que es muy larga la sesión.» Al día siguiente se tomaron todas las avenidas por la fuerza militar que tenía Lenine y disolvió la Constituyente de una manera mucho más violenta de como lo hizo Pavía aquí, porque a todo hay quien gane; porque ahora resulta que cuando los bolcheviques se lían la manta a la cabeza, nos dejan atrás a todos los partidos.

Realmente, la página de disolver dos veces la Asamblea constituyente, es un acto de violencia, no contra los liberales ni contra los zaristas, sino contra los socialistas, porque, repito, la revolución la habían hecho los socialistas.

Y, ¿cómo se han hecho Lenine y Trotzky un partido tan poderoso, porque la verdad es que triunfaron en seguida de toda resistencia, y se mantienen en el Poder? Esto lo preparó la posición doctrinal de Lenine y Trotzky sobre todo en la guerra, porque el programa de los socialistas revolucionarios era el colectivismo, y sus máximas *tierra y libertad*. El labrador que trabajaba la tierra que no era suya, quería ser dueño de la tierra que cultivaba, y tierra y libertad le prometía la revolución; pero Trotzky les

ofrecía más, les ofrecía la paz y les decía: «Vosotros, ¿para qué lucháis? ¿Por qué os vais a matar al frente? No; hay que imponer la paz.» Y lo que hizo Trotzky fué imponer la paz y declarar la paz por sí y ante sí, y entabló negociaciones con el ejército aliado: Primero, como sabéis, mandó una nota a las potencias aliadas, diciendo que era menester hacer una paz como la que querían los rusos, sin anexiones ni indemnizaciones; y claro está, los Gobiernos aliados no contestaron; y como los agregados militares (aquí traía los documentos para leerlos, pero resulta fatigosa su lectura), no contestaban a esta propuesta de hacer la paz en seguida, volvió a insistir, y entonces los agregados militares que estaban en el cuartel general ruso, se dirigieron al General y le dijeron: «¿Qué es esto? ¿Y nuestro compromiso de Londres? No es posible hacer la paz aislados. ¿Qué es esto de anunciar el propósito de Rusia de hacer la paz a toda costa? ¿No comprendéis que esto es debilitarnos a nosotros? ¿No hemos acordado luchar juntos y hacer la paz juntos? La paz separada es una deslealtad; además compromete el triunfo de los aliados; si los aliados podemos ganar, es manteniéndonos unidos; si Rusia se separa de nosotros, va a comprometer el triunfo de los aliados.»

El bolchevismo germanófilo.

Es que el bolchevismo producía este efecto: quebrantar a los aliados. Por eso los que durante la guerra, es decir, desde el primer momento hemos adop-

tado una posición clara y definida, y recordamos lo que en política significa el *cui prodest*, al recordar también el regocijo con que los germanófilos de todas partes vieron la revolución rusa y debilitarse; por tanto, el frente ruso; no podemos menos de decir que este bolchevismo, por su origen impuro, por la deslealtad al tratado de Londres y por lo que comprometió la guerra internacional, como había nacido de la traición no podía prosperar, porque comprometió no sólo el triunfo de los aliados, sino la causa de la libertad y de la civilización.

Y es curioso que los reaccionarios de todo el mundo saludasen con júbilo la revolución rusa, porque sabían que fortalecía la causa del Imperio alemán. Por eso, una de las cosas que se han escrito (repito que no quiero fatigaros la atención; sería motivo de una larga disertación hablar de la germanofilia del bolchevismo) es que los bolcheviques han sido un instrumento de los germanos, que ha favorecido a los alemanes, que se han visto influidos por ellos.

Yo recuerdo que cuando estubo de Embajador en Rusia un paisano mío, y le preguntaba con curiosidad si en Rusia se hablaría mucho francés después de la alianza francesa, de la Dúplice, el Conde de la Viñaza, que es a quien me refiero, me contestaba: No lo crea usted. En San Petersburgo se habla mucho más alemán que francés, sobre todo en la Corte, y los diplomáticos hablan más el alemán que el francés. Aquello me sorprendió; luego vistéis que durante la guerra se decía que la Zarina estaba influida por Alemania, y cuando destronaron al Zar se dijo

que los aliados habían favorecido el destronamiento del Zar, y lo justificaban, desde el punto de vista aliadófilo, diciendo que la Corte estaba influenciada por Alemania; pero luego vienen los bolcheviques, y resulta que también estaban influenciados por los alemanes. De modo que Alemania había influenciado allí de tal manera, como decía un escritor francés, que la Democracia social alemana ha sido para Rusia como los gases asfixiantes. Rusia ha tomado su socialismo de Alemania; y la interpretación de Marx, con la autoridad que le da ser un alemán, la han hecho a gusto de los alemanes, porque es evidente que a los alemanes favorecía mucho que Rusia tomase esa posición.

Primer acuerdo de la revolución rusa: pedir la paz a toda costa, y, naturalmente, siendo la paz a toda costa, la revolución de Rusia tenía que servir los intereses de Alemania.

Suponed que lo que ha hecho Rusia lo hubiera hecho Bélgica; hubiera sido otro el curso de la guerra. Y al pensar que al desaparecer el frente ruso, toda aquella presión que no sentía Alemania, la arrojaron sobre los ejércitos franceses y la causa de los aliados padeció, todo el que no ha estado ausente de los acontecimientos de la guerra no puede perdonar a los bolcheviques el haber puesto en peligro aquella causa de los aliados que Bélgica, con su heroísmo, había defendido, y que Rusia comprometía al desertar de una manera tan flagrante.

Si los socialistas de Carlos Marx tienen como lema el de «proletarios de todos los países, uníos», la máxima de Trotzky decía : «Desertores de todos los paí-

ses, uníos». Dicho esto de buena fe, siendo unánime y universal el movimiento del proletariado, entonces hubiera habido cierta justicia e imparcialidad en la causa; pero sabiendo Lenine y Trotzky que los demás proletarios no les seguían, pedir la paz, y la terminación de la guerra era positivamente hacer la causa de los alemanes. Es más; a pesar de tratarse de una revolución comunista y socialista como ésta, en el Tratado de paz se compromete el Gobierno bolchevique a respetar la libertad y la propiedad de los alemanes o de los que pertenezcan a los países centrales; de modo que había colectivismo contra los rusos y contra todos los del país, pero cuando se trataba de una propiedad de un alemán o un austriaco ya era sagrada para los bolcheviques, porque lo habían establecido así en un contrato. Pero, ¿puede haber colectivismo y comunismo con esta desigualdad de trato? No; está juzgada ya con esto la revolución.

He ahí, pues, cómo los revolucionarios bolcheviques se fundan en una causa internacional. Halagan a los soldados rusos diciéndoles: se va a acabar la guerra, y como los soldados rusos, desorientados, destronado el Zar, habían perdido un poco el concepto de lo que defendían, porque a los rusos, a los labradores rusos, lo que les preocupaba era la tierra y la libertad, refiere un biógrafo de Kerenski que cuando éste se dirigía al frente a convencer a los soldados de que era preciso mantener la ofensiva para salvar a Rusia y, por consiguiente, la causa de la libertad y hacer posible el triunfo de la revolución interior, se le encaró un soldado y le dijo: pero la

ofensiva es la muerte, y si yo me muero ¿para qué quiero la tierra y la libertad? Y, claro, este modo simplista y egoísta de concebir el labrador ruso el ideal de su vida es lo que favorecía la causa de los bolcheviques. Estos decían a los labradores: la propiedad que cultivas es tuya, y, además, no te preocupes, porque no va a haber guerra ni propietarios. Y, además, le dice: todo este dinero que debe Rusia a los aliados no lo pagamos, porque hemos declarado suprimirla. ¡Cuidado si esto de cobrar y no pagar ha sido eficaz en toda clase de revoluciones!

Evidente, el éxito de Lenine se explica. En la política internacional creo que está condenado el bolchevismo.

La tiranía bolcheviki.

¿Y en la política interior? En la política interior, recordaréis que el periódico «El Sol» publicó un telegrama de Francia en que se extractaba un artículo de Maurice Barrés que decía en el «Manchester Guardian», periódico poco sospechoso, puesto que es órgano de los ingleses amigos del sovietismo, una carta fechada en 21 de Julio último relata las atrocidades cometidas en Karkow, en la «Casa de tortura», Thereswychaika, verdadero «Jardín de los Suplicios», en donde no se ha descuidado ninguna forma de asesinato. Echemos una mirada sobre esos cuartos de horror. Uno de los medios empleados por los bolchevistas contra sus adversarios es corrientemente llamado «la fabricación de los guantes». Los

infelices a quienes se aplica el tormento tienen la piel de las manos cortada en la muñeca y vuelta hasta la punta de las uñas. Las uñas son también arrancadas.

«El Cuchillo Rojo» (que es el nombre significado de un periódico bolchevista de Moscou) ha hecho esta odiosa pregunta: «¿Se llega a mejores resultados metiendo clavos bajo las uñas o arrancando lentamente los dientes?»

Pueden ustedes leer el Libro Blanco inglés, publicado en Marzo de 1919, que es una colección de informes entregados al Gobierno británico por sus agentes y representantes. El Gobierno británico no acompaña esos informes de ningún comentario; son suficientemente elocuentes, por el cuadro que presentan de los principios y de los métodos de la política bolchevista, de los acontecimientos terroríficos que han acompañado al ejercicio de ese poder, de las consecuencias económicas que han seguido y de la miseria casi incalculable que ha producido.

Barrés termina diciendo:

«Nosotros, franceses, ¿estamos dispuestos a sufrir ese paso atrás? Vencedores de una guerra espantosa de cinco años, ¿aceptaremos perder su recompensa y aniquilarnos en algunos días bajo la dictadura siniestra del crimen? Alemania subvenciona a través del mundo ese monstruoso bolchevismo, porque es para ella el recurso de la desesperación, el medio supremo de no cumplir el Tratado de paz.

El «Libro Blanco» inglés, que está aquí traducido al francés (tampoco puedo leer algún párrafo intere-

sante), describe verdaderas enormidades cometidas por los bolcheviques: la justicia sin garantía ninguna; los suplicios más terribles; el matar a la gente sin formación de causa; fusilamiento en masa de gente; en la época más fría del año sacar a los presos desnudos, sin más ropa que el sombrero, llevarlos por las calles y dejarlos abandonados a la soldadesca, hasta que ésta tenía a bien matarlos individualmente o en grupo. Aquí se describen una porción de tormentos, que es antipático leer, pero que indican la perversión moral de los que tal hacían; y es de advertir que estos condenados a muerte no eran monárquicos, ni zaristas: eran socialistas, revolucionarios que se habían pasado veinte años en Siberia, que habían tirado al Zar, que habían traído el socialismo a Rusia y que eran por los bolcheviques tratados de este modo: cogían a unos cuantos, les ataban, les vendaban los ojos y les ponían de espaldas a la pared; empezaban a disparar al aire, sin apuntar, un rato, hasta que se les ocurría apuntar y disparar de veras; pero calculad la angustia y la zozobra de un hombre que oye disparos, que sabe que le van a fusilar y que no sabe si le han herido; y en esta angustia los tenían largo tiempo, hasta que los mataban. Era verdaderamente una atrocidad.

Claro que en todas las revoluciones ha habido estas cosas, pero son revoluciones que conducen a una finalidad; pero una revolución que, según Lenin, tiene que ir a esta dictadura del prolectariado, de la que tiene que venir la Arcadia feliz, y no sabemos cómo va a venir esta Arcadia..., lo único que sabe-

mos es que los socialistas revolucionarios han protestado de este acto y de esta conducta de Lenin.

Manifiesto de los socialistas rusos.

Traía aquí varias notas; pero este documento creo que es interesante: es un manifiesto o declaración dirigido por los socialistas revolucionarios rusos a la Liga francesa de los derechos del hombre y del ciudadano, y dice:

«La Francia republicana—dicen—que se levantó hace veinte años en defensa de un sólo hombre (aluden a Dreyfus), no puede permanecer indiferente ante la violación de los derechos de un pueblo o más bien de muchos pueblos que forman parte de la República federativa rusa. Comprendemos vuestro deseo de no pronunciarnos hasta después de una información imparcial sobre la situación creada en Rusia por la dictadura de Lenine y de Trotsky, y respetamos vuestra intención de reunir los documentos y los testimonios precisos sobre esta situación. Por nuestra parte, nos ponemos a la disposición de la Liga para proporcionarle todos los informes posibles y comunicarle los documentos que poseemos. Pero creemos que hay ciertos hechos que están suficientemente probados, a saber:

»1.º *La paz de Brest-Litovsk y toda la política exterior del gobierno bolchevique*, que, después de haber jugado y perdido en los meses de Noviembre y Febrero la carta de la Revolución mundial inmediata, y después de haber así desarmado com-

pletamente y entregado a Rusia a merced del imperialismo alemán, se ha aferrado en seguida al poder a costa de nuevas concesiones humillantes, persiguiendo implacablemente, por agradar a Berlin, a los elementos revolucionarios anti-alemanes.

»2.º *La disolución de la Asamblea Constituyente*, so pretexto de que esta Asamblea, nacida del sufragio universal, igual, directo y secreto, no representaba ya la voluntad de los electores, y que, en general, el sufragio universal y las garantías jurídicas de la regularidad de las elecciones representaban un aparato demasiado lento para una época revolucionaria; mientras que, en realidad, la Asamblea Constituyente *ha sido elegida después del golpe de Estado bolchevique*, y el pueblo envió a ella una mayoría anti-bolchevique, a pesar de la presión electoral y de las persecuciones de los partidos de oposición. La disolución de la constituyente ha sido, pues, un acto de violencia contra la voluntad del pueblo, claramente expresada.

»3.º *La destrucción de los órganos de la autonomía local*, que eran la base misma de la organización económica y social de Rusia. La supresión de las administraciones municipales y de los Zemstvs ha desorganizado completamente el abastecimiento, los transportes, la asistencia médica y la instrucción pública.

»4.º *La disolución de los soviets, siempre que la mayoría pasa a la oposición socialista*, a pesar de que los soviets, según la doctrina bolchevique, deben representar una forma superior de la

democracia, más flexible y más adaptable al desenvolvimiento continuo de la conciencia revolucionaria de las masas que las asambleas nacidas del sufragio universal...

»En realidad, lo repetimos, los soviets son disueltos siempre que los electores, obreros y rurales, ejercitan este derecho *contra* los diputanos bolcheviquis y los electores recalcitrantes son fusilados...

»5.º *La supresión completa de las libertades esenciales en Rusia: Libertad de prensa, libertad de palabra, de reunión, de asociación, etc. ...*

»Los partidos socialistas rusos han afirmado siempre que el principal peligro de este régimen dictatorial y terrorista consiste en que preparan un terreno extremadamente favorable para el retorno ofensivo de la reacción monárquica. El pueblo ruso, que comenzaba, en los primeros ocho meses de la revolución, a habituarse a la libertad política y a la democracia, ha sido de nuevo arrojado por los bolcheviques a un régimen de arbitrariedad y de tiranía. La conciencia de los derechos del hombre y del ciudadano, apenas despertada en el pueblo ruso, es hollada continuamente por los comisarios autócratas. Al destruir las libertades y las garantías democráticas, al reemplazar la justicia regular por las ejecuciones sumarias, por los linchamientos y los asesinatos en masa, al profesar descaradamente el mayor desprecio hacia la libertad de pensamiento, de palabra y de prensa, al imponer su voluntad a las masas obreras y rurales por la fuerza, han forjado ya las armas más terribles para la reacción política. Su política económica, que

ha destruído la industria y empobrecido al proletariado, privándole de sus organizaciones independientes, ha creado las condiciones más favorables al triunfo de una revolución social.»

Y firman este documento el 12 de Diciembre de 1918 un diputado de la Constituyente de Rusia, el delegado del partido socialista revolucionario en el extranjero y un vicepresidente del Comité ejecutivo de los soviets, que no pudo menos de pasarse a la causa de los defensores de la Asamblea constituyente, que es la verdadera democracia rusa.

Condenación del bolchevismo.

Pues bien; este es el bolchevismo ruso en la política interior: el desconocimiento de todas las libertades, es cierto. Está bien que se perfeccione o se complete la revolución, como decía Azcárate; pero las libertades que están establecidas, esas no pueden suprimirse; los socialistas proclaman las mismas libertades que hemos defendido nosotros los liberales, y, además de esas, otras; pero una reforma social que empieza por suprimir y hacer tabla rasa de toda la evolución liberal, esto me asusta. De todas maneras, como véis, el bolchevismo, como partido político, ha nacido de una deslealtad a los verdaderos revolucionarios que habían destronado al zarismo. Por ser desleal el bolchevismo lo ha sido hasta con los anarquistas, porque los anarquistas, que ayudaron a los bolcheviques, cuando estorbaron a Lenine fueron también despiadadamente tratados por Lenine y

Trotsky, y una de las páginas de la revolución rusa es el movimiento en Moscú contra los anarquistas, que por haberse hecho fuertes en varias casas fueron materialmente exterminados, diciendo que era preciso establecer el orden y que necesitaba la dictadura tener las manos libres. De modo que los bolcheviques no son, como dice la doctrina de Lenine, la mayoría tiranizando a la minoría, porque un solo hombre tiene una plenitud de derechos que todos estamos obligados a respetar.

Pero volviendo a esta máxima farisáica de que la mayoría tiene derecho a oprimir a la minoría, Lenine no es la mayoría, ni tiene a los socialistas y a los anarquistas, a los cuales ha fusilado cuando ha querido.

Pues, ¿qué representa Lenine? Lenine representa una dictadura, valiéndose de la miserable situación económica de Rusia. Vosotros recordaréis. — Eloorrieta lo recordaba, ha circulado por los periódicos—esa clasificación de las clases sociales en Rusia en varias categorías; la primera ha sido la milicia roja, que son los soldados de Lenine, algunos que no son rusos (chinos, etc.,) y esos son los que tienen derecho a mayor ración, y después va bajando la escala hasta la cuarta clase, que la componen los intelectuales y los burgueses. De modo que los intelectuales están a media ración. (*Risas.*) Esto era el año 1918; pero aquí hay un documento interesantísimo en el Libro Blanco inglés, una comunicación oficial al Ministro de negocios extranjeros hablando de la situación de Rusia, que dice: «No; ya no hay cua-

tro clases; ya no hay más que dos, porque dicen los bolcheviques que las otras dos no existen; porque a los intelectuales se les ha obligado, si querían comer, a entrar en la milicia roja o al servicio del gobierno bolchevique». Y naturalmente, la gente, sitiada por el hambre, ¿qué iba a hacer? Un intelectual que antes había servido al imperio, ahora tiene que servir a Lenine. No se trata de la bolsa o la vida, se trata de comer o de morir de hambre. Es un gobierno que ha centralizado la disposición del uso de las subsistencias de tal modo que no come sino quien él quiere. ¡A ver si ha habido en la Historia un régimen de gobierno en que se coma lo que quiere y cuando quiere el gobernante! Y como Lenine tiene a todo el mundo sujeto por la boca del estómago, (*risas*) claro que ejerce una tiranía verdaderamente absoluta. Este es el bolchevismo.

Voy a terminar, porque, como sucede cuando se abordan temas de esta magnitud, hay que prescindir de muchas cosas.

El bolchevismo, como veis, creo que está juzgado. Lo han juzgado los socialistas. Los socialistas revolucionarios no están con el bolchevismo; los socialistas españoles lo han condenado; los de la Confederación del Trabajo lo han condenado también, porque en el Congreso sindicalista celebrado en Madrid ha habido quien simpatizaba con la revolución rusa, pero quien objetaba: «Si la revolución rusa es marxismo, entonces no está con nosotros, porque nosotros no somos marxistas; pero como además la revolución rusa es la tiranía de una clase determinada,

no es la libertad, no es la autonomía de los gremios y de los oficios, claro es que el bolchevismo es lo más opuesto al sindicalismo.» Por eso, muchas gentes, cuando ven que el sindicalismo crece y que hay peligro, se asustan y exclaman: «Aquí va a venir el bolchevismo.» ¡Pero si no hay cosa más contraria; si el bolchevismo es el abuso del Gobierno; si el Gobierno que más decretos publica (muchos más que el español) era el ruso! (*Risas.*) Y dicho se está que el anarquismo no publicaría ningún decreto, ni el sindicalismo, que establece la acción directa.

Sindicalismo y bolchevismo.

El sindicalismo no tiene nada que ver con el bolchevismo. Claro está que se le acumulan los crímenes que se cometen en Barcelona; ¡pero, aparte de que los crímenes de Barcelona no se pueden comparar con estos que acabamos de ver en los bolcheviques, no tenemos pruebas suficientes para echar la culpa a los sindicalistas de Barcelona de los crímenes aislados que allí se cometen. No tienen los sindicalistas de Barcelona preparada la revolución; los sindicalistas de Barcelona, mientras sean sindicalistas, no harán la revolución, porque ellos llevan un camino más lento, pero más seguro; ellos llevan la acción directa; ellos dicen: «Nosotros, en vez de aspirar, como los socialistas, a apoderarnos del Gobierno y que el Gobierno legisle en socialista, nosotros vamos a realizar el régimen socialista sin el Estado.» Y lo van haciendo. Porque este movimiento de-

fensivo de los patronos, esta liga patronal, se ha formado ya cuando se han visto con el agua al cuello; porque en la fábrica ya no mandaba el patrono, ya el sindicato mandaba más que el patrono, a pesar del Gobierno y sin que el Gobierno pudiera hacer nada.

Porque hay que ser justos; ¿qué puede hacer el Gobierno con el sindicalismo? ¡Si el sindicalismo no va a la barricada; ni hace la revolución, ni realiza ninguno de estos actos violentos! ¡Si se limita a no trabajar y a ejercer una acción directa! ¡Si es una solidaridad de clase que adquiere una fuerza incontrastable, que hay que contestar con otra fuerza del otro lado! ¡Si es muy difícil contrarrestar el sindicalismo, sobre todo teniendo en cuenta que no le hemos visto hasta que se nos ha echado encima!

Qué es el sindicalismo: su error.

Pero el sindicalismo, modestamente lo habíamos visto muchos. Yo, en 1914, en un discurso inaugural que pronuncié en Valladolid, que se titulaba «La nueva desamortización», decía: El sindicalismo, que ya está en la doctrina y en los libros franceses, es un tipo de organización social que se va a presentar en seguida con caracteres alarmantes; el Estado va congestionando sus funciones y las atribuciones del Estado no las va a recoger el Estado socialista, ni mucho menos la región autónoma, ni el Municipio autónomo; el que las recogerá será el sindicato, porque el sindicato es el que va a gobernar, porque esa es la tendencia y esa es la realidad, y contra el sindica-

to no hay más sino que en vez de haber sólo una clase social que se sindique, que se sindiquen todas. No hay otra solución. Que es lo que decía Xenius: ¿Vamos nosotros a dar la mano a los sindicatos y a dejar sola a la burguesía? No sé por qué. Yo me uniré con aquellos que son afines a mí en la parte que tengo de afinidad, y me uniré con los trabajadores en cuanto soy trabajador; pero me uniré con los propietarios o con los industriales en cuanto yo no renuncio a una pequeña acción que pueda tener en una industria. Y dentro de la vida moderna y de la complicación de la vida moderna, así como una célula no puede formar parte de dos órganos a la vez, en cambio, en la espiritualidad de la vida social, un hombre puede ser órgano de diversas entidades, y en vez de decir: yo no soy más que obrero, yo no soy más que patrono, yo no soy más que militar, yo no soy más que maestro, es preciso que nos demos cuenta todos de que tenemos una porción de actividades y que diferenciamos nuestras energías de tal manera, que yo puedo ser obrero un rato y puedo ser otro rato burgués, y puedo tener otro rato una comunidad espiritual en el Ateneo, y una comunidad benéfica en otra institución, y una aspiración religiosa en un templo, y puedo diversificarme, en una palabra, en todas las direcciones de la sociedad; porque si la sociedad tiene varios fines, el individuo tiene orientación para todos los fines sociales. El peligro mayor de la sociedad moderna sería que se separasen absolutamente las clases sociales. La lucha de clases, que es el principio del sindicalismo, es incom-

patible con la realidad humana, porque el hombre, a medida que complica su vida y sus aspiraciones, se siente en comunidad con una porción de entidades, con una porción de organismos que aparecen contradictorios y que tienen su síntesis en el ideal individual de cada uno y en el ideal social regido y sintetizado por el Estado.

La aportación sindicalista.

Pero el sindicalismo, que en cuanto representa el comunismo lo tenemos que rechazar, porque, repito, que el comunismo es imposible que se defienda en interés público, porque las energías individuales son elementos del progreso colectivo y no podemos renunciar al progreso, como decía Xenius; el sindicalismo, que en cuanto es comunismo no se puede aceptar, que en cuanto es exclusivismo de clases tampoco se puede admitir, el sindicalismo en cambio ha traído un elemento de solidaridad social que el individualismo no había visto y que enriquecerá la sociedad moderna con sus aportaciones, y no podemos mirar el sindicalismo con un gesto enteramente de hostilidad, porque algo trae justo y lógico, y sobre todo incontrastable. El sindicalismo no es exclusivismo; es aquello que decía Azcárate que una cosa es la milicia y otra el militarismo, una cosa la religión y otra el clericalismo, una cosa es el espíritu de clases y otra el sindicalismo. De manera que todo exclusivismo es el que mutila la complicación del hombre y, por consiguiente, de la sociedad humana.

Pero ha traído ese elemento interesantísimo el sindicalismo, y además tiene una cosa real: la acción directa.

La acción directa.

Yo no renuncio a hacer esta indicación sintiendo no tener tiempo para explicarla. Creen muchos que la acción directa es la violencia para apoderarse de la propiedad colectiva y de tomarse la justicia por su mano. No hay tal; ya veis que la acción directa se ha ido infiltrando en todas las fábricas sin violencias, sin sentirse la coacción; el fabricante se ha encontrado vigilado por sus obreros, mediatizado por los obreros sin darse cuenta de ello, por la acción directa. En la conferencia que dió Pestaña en la Comedia, dijo una cosa, así como de pasada: pues un obrero no puede tener las preocupaciones doctrinales que tienen los demás, y que era muy luminosa para justificar el sindicalismo y para no desconocer que el sindicalismo ha traído una aportación fecunda, que es la de creer que las mejoras sociales han de ser obra de la sociedad misma y que no debe confiarse demasiado en la acción oficial directa. Decía Pestaña: «Nosotros estamos convencidos de que cuando el Estado legisla una cosa, ya nosotros la tenemos conseguida, porque el Estado va siempre detrás de los acontecimientos.»

Esto que decía Pestaña, y que lo dijo así como quien no dice nada, es todo el sindicalismo. Es una realidad (y éste es un concepto que nada tiene que

ver con la tiranía ni con los crímenes), es una realidad social que el Estado va siempre a remolque de los acontecimientos; que no debemos tener la superstición del Estado, y lo digo yo que soy profesor de Derecho administrativo. Yo creo que el Estado no se puede suprimir, pero no seamos tan optimistas ni tan confiados que creamos que el Estado lo va a resolver todo, porque la mayor parte de las cosas se hacen a pesar del Estado o con la intervención del Estado; pero no procede la vida ni del Estado ni de los Gobiernos. ¿Por qué? Porque la sociedad y los que componen la sociedad (y ahora en la sociedad son un componente los sindicatos agrupados en grandes sociedades), la sociedad tiene tesoros de energías que no se pueden canalizar por el Estado, que el Estado tiene que limitarse a presenciarnos, dejando hacer, y que cuando el Estado los contrarresta queda en ridículo, pues muchas veces el Estado dice una cosa y ha dicho lo contrario la sociedad.

Esto es tan justo y tan verdad, que cuando se aprobó la ley de Accidentes del trabajo que se presentaba y era una gran conquista y una gloria del partido conservador y del Sr. Dato (a quien debo hacer este elogio), había ya muchos obreros a quienes no remediaba aquello, porque la misma Compañía de ferrocarriles tenía para sus obreros un régimen mejor que la ley de Accidentes del trabajo; y ¿por qué lo tenía? Porque los obreros lo habían impuesto.

El sindicalismo, como todo exclusivismo y como toda negación de la libertad del individualismo, nosotros los liberales tenemos que rechazarle; pero no

olvidemos que el sindicalismo ha nacido, como el bolchevismo, de la guerra europea, y que la guerra europea ha enriquecido a mucha gente, y que al producirse ese aumento de riqueza en España, esa riqueza no se ha distribuído con equidad; que el obrero veía que el patrono había improvisado una fortuna y él seguía con el mismo jornal que antes, y decía: Es injusto que el patrono se haya enriquecido y yo no haya mejorado. Lo que dan ahora los patronos a los obreros no se lo han dado espontáneamente, sino porque se han impuesto los obreros.

La lucha sindicalista.

Este es un precedente. Es muy humano que el patrono se defienda, y hace bien; pero es también muy humano que el obrero luche, siempre que no extreme los medios. La discreción del sindicalismo está en no matar la industria; el error del sindicalismo es suponer que se puede suprimir al patrono. ¡Desgraciados de los obreros el día que no haya patronos! Porque son necesarios. Lo que hace falta es que en la distribución haya equidad, porque el socialismo quiere decir eso. No es que los obreros se quejen ahora, a pesar de que están mejor que antes; a lo que aspiran es a una justicia social, a que los recursos del trabajo sean mayores que los que ahora tienen.

Hay quien dice: el obrero se queja de vicio; el año 1895 ganaba el obrero cinco reales en Castilla y no había socialismo en Castilla, y ahora que gana tres pesetas es cuando hay socialismo; y hay socialismo

en los obreros que ganan 10 pesetas. ¿Y por qué es eso? Porque el hombre, por un fenómeno psicológico, a medida que aumenta en cultura aumentan sus aspiraciones y su ambición, y esa ambición es una fuerza social que no mata al patrono, sino que le sirve de acicate, porque el obrero, al buscar una mayor parte en las ganancias del patrono, estimula a este a perfeccionar la industria; no suprime el patrono, pero aumenta la participación del obrero.

Esto no lo hará el Estado, lo hará el obrero, porque eso que decía Pestaña tan sencillo, de que el Estado va a remolque de los acontecimientos, es el mismo concepto que expresaba Joaquín Costa cuando en la Academia de Ciencias Morales y Políticas decía: No hay costumbre contra ley, ni costumbre según ley, ni costumbre fuera de ley, no; hay leyes según costumbre y leyes contra costumbre, y las leyes contra costumbre no son leyes, son declaraciones teóricas de la *Gaceta* que no encarnan en la vida; y las leyes que encarnan en la costumbre van detrás de los acontecimientos, que es lo que decía Pestaña. Claro está que en general no se puede invocar ante los Tribunales la costumbre contra ley, pero ¿es que el Derecho se agota en los Tribunales y en la coacción?

Es un gran error de Lenine y Trotzky creer que no hay derecho sin coacción. Los Tribunales son precisos como una garantía, como son precisos los médicos; pero ¡desgraciadas las casas donde entra el médico todos los días! y ¡desgraciados los pueblos que tienen que acudir todos los días a los Tribunales!

Decía que los Tribunales deben existir; pero es

un error creer que lo que se realiza en los Tribunales, que la vida jurídica, está en la Guardia civil, que es una garantía, y la autoridad es una fuerza moral. ¡Desgraciados de los pueblos, repito, que tienen que acudir a cada paso a los Tribunales!; como ¡desgraciada la familia que todos los días tiene que acudir al médico!

La acción social directa.

Si hay costumbre contra ley, ¿cómo podemos extrañarnos de que la presión de una clase social, como es la clase obrera, se anteponga y se imponga a la ley? Si la realidad social hace que con la urgencia con que las necesidades del obrero se sienten, no puedan ser provistas por el Estado, ¿qué cosa más natural que el obrero se aperciba a buscar él mismo la regla jurídica?

Yo recuerdo (no renuncio a contar esto, porque es muy expresivo sobre la costumbre contra ley), que fui un día a Sallent, de donde eran mis padres, pueblo de la provincia de Huesca (mis padres como Joaquín Costa, eran del Alto Aragón), y en dicho pueblo me enseñaron la lista electoral, y me encontré en ella que todos los vecinos sabían leer y escribir. Aquello me chocó, porque era verdaderamente notable que en un país como este, donde hay tantos analfabetos, hubiera un pueblo donde todos supieran leer y escribir, aun cuando como pueblo fronterizo tenían que despabilarse y sabían francés; pero era extraño, digo, que todos supieran leer y escribir.

Mas el alcalde, que era primo mío, me dijo: No te choque; había algunos, muy pocos, que no sabían leer y escribir y les hemos quitado el voto. ¡Pero hombre!—le contesté—, ¡eso es una barbaridad! ¿Qué derecho tiene un alcalde para quitar el voto a un vecino? ¿No sabes que es un derecho que le da la Constitución del Estado, y que, por consiguiente, puede ir a Jaca a recurrir? ¿Derecho a ir a Jaca—me replicó—, a recurrir? ¡Se guardará muy bien! Pero qué, ¿un vecino de Sallent a quien los demás vecinos le quitan el voto, va a pelar del veto de sus vecinos al Juez de Jaca? ¿Y qué tiene que ver el Juez de Jaca con nosotros? La conciencia jurídica de un pueblo dice que el ciudadano tiene que saber leer y escribir, y al que no sabe, el pueblo le castiga y él acepta el fallo; lo cual indica que hay un derecho mucho más fuerte que lo escrito en la *Gaceta*, Porque realmente, en ese pueblo el que no sabía leer no votaba, y como esto era lo establecido, lo práctico, lo eficaz, este era el verdadero derecho.

Ahí tenéis una cosa del sindicalismo, de la acción directa, que todos debemos aprender: que todas las clases sociales tenemos una esfera lícita, dentro de la actividad, que llenar; que la expansión de nuestras actividades puede dejar descansar mucho tiempo al Estado. Es verdad que el sindicalismo ha colocado muchas veces en mala postura al Instituto de Reformas Sociales, diciéndole: todo eso que estás estudiando me lo he tomado yo hace tiempo; pero esta gran verdad en cambio, no evita a los legisladores, a los abogados, a los profesores, que veamos

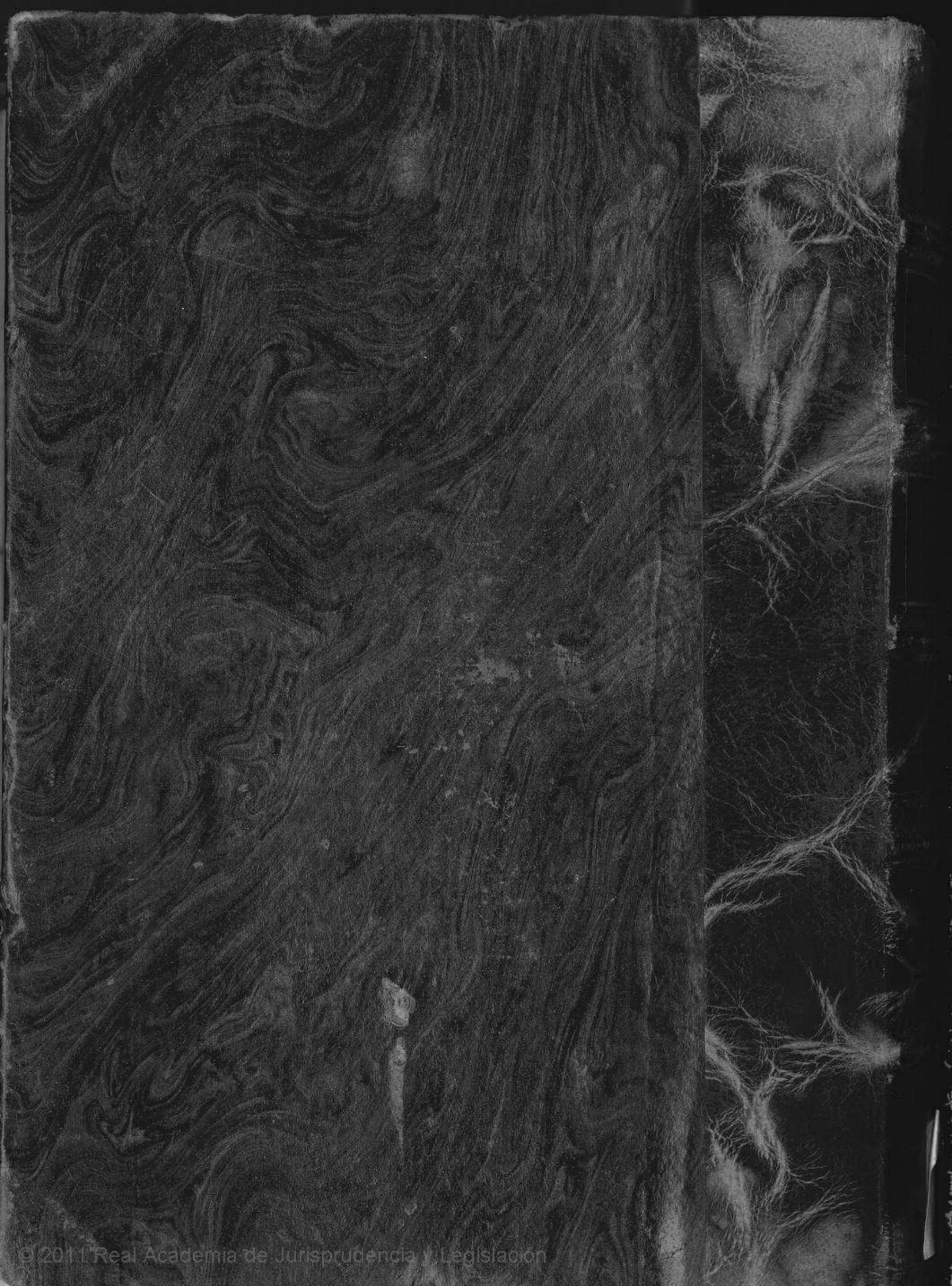
que no se agota el derecho ni con la *Gaceta* ni con nada.

Conclusión: La crisis
de la post-guerra::::

Y no sé cómo agradeceros la paciencia con que me habéis escuchado. Yo quisiera dar una impresión resumen de todo esto del bolchevismo y del sindicalismo; mi impresión es la que ha sido siempre frente a otros problemas que han asustado a muchos: un optimismo irreductible. Ni el bolchevismo, ni el sindicalismo, en lo que tienen de comunistas, podrán prevalecer; en lo que tienen de negación de la libertad no podrán arraigar, porque la libertad es una conquista definitiva de la humanidad.

Los reflejos del sindicalismo y del bolchevismo en nosotros producen inquietudes que debemos saborear con amargura, pero con resignación; porque, señores, no olvidemos que en estos cuatro años de guerra, en que todos los pueblos se han destruido y destrozado, España ha permanecido tranquila, y nuestra posición neutral no respondió a aquella postura elevada y serena de la imparcialidad, sino a las bajas y egoistas sugerencias del interés. Y ya ha pasado la guerra y viene la paz, y en la paz no hay neutralidad posible, y las repercusiones de los conflictos sociales y de las aspiraciones del proletariado y las organizaciones nuevas, ya que el aumento de riqueza ha sido grande, todo eso se refleja entre nosotros, que tenemos trabajo, que tenemos indus-

tria y producción; y estas inquietudes tenemos que sufrirlas, y estas repercusiones tenemos que aguantarlas y este problema tenemos que afrontarlo, y afrontarlo con serenidad y resolución y someternos a esta prueba, porque es una prestación, dolorosa, sí, pero prestación obligada a esa suprema solidaridad moral de los pueblos civilizados. (*Prolongados aplausos.*)





REAL ACADEMIA
DE JURISPRUDENCIA
CURSO 1919-20

CONFERENCIAS
1-8



ARM/87